

## Sucedió mañana

# GENTES SOLIDAS, ANTIGUAS

POZUELO

**C**ADA uno tiene la neurastenia que merece. La de este español alto y escuálido, con unos ojos diminutos, apagados, como lejanos en unas órbitas demasiado profundas, acartonado en una mediana edad poco definible —diez años más, diez años menos— consistía en creer que el determinismo histórico existe, pero del revés: que todo va de mejor a peor. Creía firmemente en Darwin, pero con la pequeña modificación necesaria para comprender que la selección natural había ido favoreciendo siempre lo peor. Creía en la lucha de Dios con el Ángel Malo, pero estaba seguro de que había ganado el Malo.

—¿No ven ustedes —decía a sus contertulios en la larga hora del desayuno en la cafetería— la presencia continua del mal? No puede ser que todo lo bueno se estropee apenas aparece, en la vida particular como en la pública, si no es por la fuerza mágica, invisible, de Alguien —su mano huesuda y sus largos dedos de yemas y uñas nicotinizadas se extendían hacia el espacio—. Sobre el mostrador los pinchos de tortilla lacia y reseca, los boquerones fritos y refritos, la salsa de las patatas bravas, la desmoronada carnecilla de los pinchos morunos, parecían darle la razón: todo eso no surge por una benévola generación espontánea, y deja ver la intervención del Maligno.

Había obtenido la peor de las condenas con que se puede afligir a un neurasténico: el asentimiento indiferente. Ni siquiera sus hijos se reían de él. Su mujer se olvidaba frecuentemente de su existencia; cuando alguien la preguntaba mecánicamente por su marido, a veces contestaba: «¿Quién...? ¡Ah sí, Bien, muy bien...». En la oficina donde realizaba vagas tareas insignificantes y diversas se mezclaba en la conversación general y tardaba un tiempo en darse cuenta de que estaba hablando solo: el grupo se había desplazado hacia un rincón, para continuar su temática trascendente —grandes relatos, fútbol y convenio— mientras él se esforzaba en explicar como la entropía, que aparece en la segunda ley de la termodinámica, era en realidad el verdadero motor esencial del mundo.

A veces tenía éxitos brevísimos. Como el día en que apareció con los periódicos en los que estaban fotografiados Suárez y Sahagún para demostrar la selección inversa, el darwinismo del revés; o como cuando arguía que las declaraciones de los obispos eran una prueba fehaciente de la existencia del Malo. Pero eran éxitos cómicos que nunca valoraban lo que él creía que era su esencia: un filósofo realista, pragmático, empírico. En esos casos, alguien que le había escuchado por casualidad, exclamaba:

—Mirad lo que dice *éste* —siempre se decía *éste* cuando por alguna necesidad, casi siempre del servicio, se referían a él; su nombre se había olvidado tiempo atrás—.

Pero casi inmediatamente cada uno se atribuía a sí mismo, o a otro, la paternidad de la frase: nunca a él. Pero a él no le importaba. Como un verdadero filósofo antiguo (para los modernos es esencial firmar en las páginas de «El País») lo que le importaba es que su enseñanza cundiera, y no su nombre. Y cuando vio la fotografía de Sahagún pinchada en la pared sobre la mesa del gracioso de la oficina, pensó que se había ganado una batalla.

Lógicamente, escribía. Breves frases, pensamientos. Los guardaba en el cajón de la oficina, con esa preocupación del escritor novel de salvar sus escritos de las miradas atónitas y siempre burlescas de los seres queridos, en el hogar. Como leía en las bibliotecas, y como iba sólo al cine: se sentaba en las primeras filas, donde van siempre los seres solitarios. Conoció a algunos, de esos que comentan en voz alta las incidencias del film, pero pronto se separaban de él. Intimó un poco más con una gruesa dama, con esa obesidad de las que comen dulces continuamente para compensar su ansiedad y su terror a la vida. Se citaban vagamente, sin compromiso pero con una punta de esperanza.

—El martes que viene —decía uno de los dos— iré, creo, «Moulin Rouge». La dan otra vez, y me gustaría...

Y ese martes se encontraban, y fingían la moderadísima alegría de la casualidad. Comentaba él, al salir, y él decía:

—Eso todavía era cine... Con sentimientos humanos, con ternura, con emoción. Ahora vemos una realidad fragmentada, unos personajes mecanizados... La descomposición avanza...

Ella asentía firmemente porque también creía que todo lo pasado era mejor. Pero lo creía de otra manera. Tenía la peor de las nostalgias: la de aquello que nunca existió. Creía que había sido bonita, esbelta, alegre y amada: lo creía con tanta fuerza que ni siquiera hablaba de ello. Ahora era, en el sentido antiguo de la palabra, una Tía. La Tía española, la que vive con la hermana casada y con los sobrinos, en la habitación más pequeña y más oscura de la casa, sin despertar más disgusto que el pequeño malhumor presupuestario del marido, tratando de prestar pequeños servicios para obtener, a cambio, la silla más incómoda y más lejana a la hora familiar de la televisión, y sin que nadie le respondiera cuando preguntaba, tímidamente:

—Pero ¿ésta es la favorita del Rey... o es la otra, la que preparó el veneno?

Si insistía, una sobrina la reprendía brevemente:

—¡Calla, tía, que no nos dejas oír!  
Un día, al salir del cine, él la invitó a café.

—Café no, que no me deja dormir...

—Mejor es no dormir; la noche está hecha para pensar...

—Usted debe pensar mucho...

—Bastante —dijo él con modestia—.

—Nunca he encontrado a nadie que piense. Vamos, que piense así... por nada, por pensar.

—Antes, la gente pensaba. Se decía de alguien que era un pensador, y se decía con respeto y admiración. Hasta que a los pensadores comenzó a considerárseles como sujetos perniciosos...

—Pues usted es un pensador y no me parece nada pernicioso.

Sorbió ella el resto de su batido de chocolate, procurando no hacer ese ruidillo, y él se fijó en su boquita de corazón, bien dibujada entre los mofletes. «Una mujer de antes», pensó.

Hasta la tercera entrevista no comenzó a analizar lo que estaba pasando. Primero creyó que podía ser algo de esa relación de vasos comuni-

cantes que a veces se establecen entre dos seres humanos: la atracción del escuálido por la gorda. Una cosa todavía normal. Luego sintió terror al pensar que podía renacer en él algo que tanto le había molestado en sus primeros años —nunca pensaba «mi juventud»: el sexo. Un nerviosismo maligno del que le había curado poco a poco el uso del matrimonio, con la seguridad certera con que los dentistas matan el nervio de una muela. Hacía ya muchos años que por aquellas zonas no había tenido más sensación que, de cuando en cuando, una cistitis.

Pero el verdadero desmoronamiento le vino cuando sintió, con repugnancia infinita, que se se había enamorado. Otra prueba de la existencia del Maligno. Encontró en sí mismo tres pruebas inequívocas: la primera, que las citas se hacían ya con franqueza, y se habían convertido en diarias. La segunda, que había guardado en el bolsillo uno de sus cuadernitos de pensamientos para leerse-

los a ella. La tercera, que no se los había leído. Los demás empezaron también a encontrar algunos datos. El primero, que comenzaban a fijarse en él. Se había vuelto grosero y huraño.

El desgraciado comenzó a aplicar todos los remedios conocidos. Intentó imaginarse la pura realidad: que ella era gorda y tonta. Pero no podía. Quiso pensarla en actitudes grotescas, repulsivas; tampoco podía. Fue entonces cuando comprendió, enteramente, la magnitud de su tragedia. Todavía tardó un tiempo en enfrentarse con la situación; pero una noche se armó de valor y, mientras ella sorbía su batido, dijo:

—Yo... tengo que decir una cosa... Nunca hemos hablado de las circunstancias que atenazan mi vida...

Ella sorbió un poquito más, olvidándose de evitar el ruidillo.

—Yo no soy sólo un ser que piensa, profundamente... Soy también un hombre casado.

El suspiro de ella agitó la superficie del líquido pastoso. Empalideció.

Tragó el resto del chocolate, se puso en pie trabajosamente —aunque ella imaginaba que con celeridad y agilidad: y él fue capaz de verlo así— y dijo:

—Sólo una palabra: adiós.

Trabajosamente se abrió paso entre las mesas y huyó. «Una mujer de las de antes», pensó, con orgullo, con la satisfacción de haberse fijado en alguien que no era una mutante.

Paseó por las calles, entre el frío y los restos de nieve. Las gentes andaban deprimidas. «Van huyendo de sí mismos», pensó, y se prometió recordar la frase para apuntarla en el cuaderno de tapas de hule: «En la ciudad, las gentes andan con prisa: no porque vayan a ningún sitio, ni se separen de ningún sitio, sino porque procuran huir de sí mismas».

Ella estaba poniendo la mesa, como todas las noches. Nadie se fijó en que tenía los ojos húmedos: nadie se fijaría nunca. El tardó en llegar a la casa. Ya estaban viendo todos a Jean Marais en «José Balsamo». Su sitio estaba vacío: nadie se había fijado en que no lo ocupaba, ni advirtieron que había llegado y se había sentado en él. Pero él pensó: «Pobrecillos... han podido estar a punto de perder el pilar de esta pequeña sociedad familiar, de esta célula primaria y básica de la sociedad... ¿Qué hubiera sido de todos ellos sin mí? No hubieran podido soportarlo... Pero yo soy todavía un hombre de los de antes... Y sé respetar los valores que hicieron fuerte esta sociedad...».

El nunca supo que algo había cambiado, y que un tiempo más tarde casi coincidirían dos comentarios distraídos, de paso: uno en su casa, otro en su tertulia del desayuno. En los dos casos, alguien dijo:

—Este hombre está ahora un poco raro... Se está volviendo neurasténico. ■

